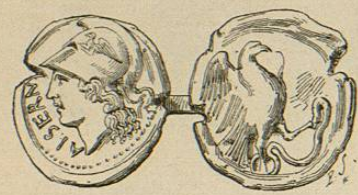


pitó en la Campania, dejando delante de Esernia, para cubrir la plaza, un cuerpo de bloqueo (1), y evitando las ciudades fuertes del Norte, corrió al Sur donde tenía inteligencias. La traición le entregó la plaza de Nola, cuya guarnición en número de dos mil hombres se pasó á sus filas, menos sus jefes, á quienes condenó á morir de hambre. Desde el principio establecieron por regla los generales italianos hacer dos apartados de los prisioneros de guerra: los nobles y caballeros para darles muerte; los soldados y esclavos para alistarlos en el ejército itálico.

Las ciudades inmediatas al golfo de Nápoles y de Pesto, Minturna, Salerno, Estabies, Herculano, Pompey y Literno, fueron obligadas á adherirse á la liga; y algunas otras ciudades cedieron también: de ellas sacó Mótulo diez mil hombres de á pie y mil de á caballo, y armó á todos los esclavos que se le presentaron. Pero Nápoles que no daba importan-



Moneda de Esernia (2)



Moneda de Asculo (3)



Moneda de Lucania (4)



Moneda de Acerra (5)

para ello no empleó la fuerza: un senadoconsulto, provocado por el pretor L. Cornelio, aseguró á los de Tibur que el senado contaba siempre con ellos; medio hábil de hacerles renunciar á su designio, si lo habían formado, mostrándoles que estaban descubiertos.

Entre tanto, el enemigo había conquistado la mitad de la Campania, y las ciudades de la Lucania y de la Pulla, débilmente socorridas, iban cayendo una tras otra en manos de los contrarios. La plaza más fuerte de la Lucania, Grumento, que dejó descubierta una derrota de Craso, fué tomada por Lamponio, y Canusium (Canosa) y Venusia lo fueron por Yudacilio. Pinna también, en el país de los vestinos, hubo de sucumbir: los aliados llevaron al pie de los muros de la plaza á los hijos de los sitiados, intimándoles la rendición so pena de ver caer bajo la segur las cabezas de aquellos cautivos, y los sitiados se negaron á rendirse.

Triunfos mayores todavía alentaron á los aliados. Queriendo César desembarazar á Acerra, se dejó sorprender por Egnacio en una estrecha garganta, y no pudo reunir los restos de su derrotado ejército sino en Teano, plaza de que los romanos hicieron la base de su resistencia después de la derrota de Canas. Al mismo tiempo el otro cónsul, Rutilio, atraído por V. Escato á una emboscada, cerca del Toleno, pereció en ella con buena parte de su gente.

Mario estaba en las inmediaciones, y advertido por los cadáveres que el río le traía, se apresuró á pasar á la orilla enemiga y corrió á apoderarse del campamento de los ven-

(1) Se hizo salir de la plaza á los esclavos, que los sitiadores acogieron, y los dos jefes romanos L. Escipión y L. Acilio pudieron escaparse al mismo tiempo. La escasez fué tal en la plaza que se comieron los perros.

(2) AISERN y la cabeza de Palas. En el reverso un águila devorando una serpiente. Moneda de Esernia.

(3) ΑΣΚΛΑ. Victoria delante de una palma. Reverso de una moneda de bronce de Asculo, que Estrabón y otros llaman Ασκληον.

(4) ΔΟΥΚΑΝΩΜ. Júpiter andando. Reverso de una moneda de los Lucanos.

(5) Júpiter y la Victoria en una cuadrada. AKERL, el nombre de la ciudad en osco, y cuatro glóbulos, marca ó señal del triens. Reverso de una moneda de bronce de Acerra.

cia al derecho de ciudadanía romana, permaneció fiel como en tiempo de Aníbal; Nuceria, en medio de las plazas que habían hecho defección, se mantuvo firme, y Acerra antes de Capua, arrojó con una heroica resistencia todos los esfuerzos de los aliados; la misma Capua, llena completamente de ciudadanos, servía á las tropas romanas de almacén y de refugio. El segundo año de la guerra, uno de sus habitantes levantó á su costa una legión entera en el país de los hirpinos.

La entrada del Lacio por el Sur estaba pues cerrada todavía; mas parece ser que á las puertas mismas de Roma, la fidelidad de los tiburtinos hubo de vacilar un momento. Desde su ciudad se veía el Capitolio y se dominaba la vía militar, que, después de flanquear el Anio, penetraba en las montañas hasta el país de los marsos. Era, pues, de la mayor importancia para Roma prevenir esta defección; y

cedores, ocupados aún en recoger los despojos en el campo de batalla.

Después de las derrotas sufridas por los cónsules, ocurrió la de Pompeyo, contra el cual se habían reunido tres generales, á los que los triunfos obtenidos en el Sur habían dejado libres para ir al Norte á detener sus progresos. Había querido Pompeyo sitiar la plaza de Asculo, pero batido por fuerzas superiores, se había replegado sobre Firmum (Fermo), donde Afranio lo tuvo encerrado. Esta retirada sobre el Adriático dejó descubierta la Umbría; numerosos emisarios itálicos acudieron á esta parte, y muy luego vaciló la fidelidad de los etruscos y úmbrios. En el Lacio mismo hubieron de revelarse indicios hostiles, y acaso sabían ya que los aliados trataban de enviar una diputación á Mitridates.

Así, cuando estas nuevas llegaron á Roma y sobre todo cuando llevaron á Roma el cadáver de Rutilio y los de los principales personajes que habían muerto en el campo de batalla, fué tan grande el duelo como después de las funéreas jornadas de la segunda guerra púnica. A fin de evitar que el desaliento obrara en el ánimo del pueblo, que indiferente á sus muertos, se deja impresionar por la pompa de los funerales, puso término el senado á las lamentaciones y prescribió que en adelante se hicieran los ritos funerarios en los mismos lugares en que cayeran las víctimas.

Por otro senadoconsulto se ordenó que todos los ciudadanos vistieran el traje de guerra, y se armaron hasta los libertos, de que se formaron doce cuerpos que se distribuyeron en Ostia, en Cumas y otros puntos situados á lo largo de la vía Apia (6).

A dicha de Roma, su situación geográfica, que en tiempos pasados había contribuido tanto á su fortuna, ayudó mucho en esta guerra á su salvación. Situada detrás de la

(6) Añado al texto de Apiano «á lo largo de la vía Apia,» que atraviesa todo el Lacio, entonces en la mayor fermentación. No teniendo barcos los aliados, era inútil escalar guarniciones á lo largo de la costa. Por otra parte, de Minturna á Sinuesa la vía Apia casi sigue la costa y nunca se aparta de ella más que algunas millas.

línea de batalla, en una posición central que le permitía recibir por su río todas las provisiones necesarias y dirigirlas rápidamente por sus vías militares á las legiones, mantenía fácilmente á sus ejércitos y les hacía operar en conjunto según el plan trazado de antemano por sus mejores generales.

Los itálicos, al contrario, sin barcos ni puertos, estaban embarazados con las municiones de boca y guerra; no se comunicaban entre sí, sino al través de la masa central del Apenino, donde se empinan las más altas cimas de la cadena, y con esto, no podían combinar sus movimientos y á menudo atacaban á la ventura. Para los sitios carecían de máquinas, y después de haber tomado por sorpresa ó traición algunas plazas, fueron incapaces de tomar una sola á viva fuerza. En fin no tenían aliados, mientras Roma tenía muchos, á quienes su solo nombre mantenía en la fidelidad.

Hasta después de algunos meses de haber roto las hostilidades, no comenzaron á llegar los auxilios pedidos por el senado á los reyes y pueblos. Sicilia se distinguió por su eficacia en suministrar todo lo necesario á los ejércitos. Diez mil galos cisalpinos conducidos por Sertorio al cónsul Julio César, después del descalabro que le hiciera sufrir Egnacio, y muchos millares de númidas y moros que vinieron de Africa, le dieron la confianza de poder otra vez tomar la ofensiva. Marchó pues sobre Acerra, entre Nápoles y Capua, á fin de obligar al enemigo á levantar el sitio, y á pesar de las deserciones que hubo entre los númidas cuando Mótulo les mostró á un hijo de Yugurta ceñido de diadema y manto real, al príncipe Oxintas, á quien los aliados encontraron relegado en Venusia, César le causó seis mil bajas en sus fuerzas y metió un socorro en la plaza. Llevada á Roma esta noticia se tranquilizaron los ánimos y se volvió á vestir la toga.

En el Norte, el legado Sulpicio, vencedor de los pelignos, había acudido en socorro de Pompeyo, encerrado en Firmum, y un ataque combinado de los dos generales puso en fuga á los aliados. Pompeyo entonces se apresuró á cerrarles los accesos de la Umbría, volviendo á cercar á Asculo.

El senado había incorporado á las tropas de Mario y de Cepión los restos del ejército de Rutilio; pero desconfiando de Mario, dió á estos dos caudillos iguales facultades; y deslumbrado Cepión por un ligero triunfo, se dejó otra vez engañar y cayó en un lazo á que lo atrajera Pompeyo Silo. Este general vino á rendirse trayendo en rehenes unos esclavos adolescentes que entregó como hijos suyos y masas de plomo envueltas en algún oro que hizo pasar por caudales. Y no sólo se rendía él, sino que quería también entregar el ejército que hasta entonces había mandado. Así se lo dijo á Cepión y Cepión lo creyó así tomándolo por guía. Llegado que hubieron cerca de la emboscada, subió Pompeyo á un otero con pretexto de reconocer el campo; sino que desde allí hizo la señal á los suyos, y cayó en el lazo el iluso. Gran número de romanos perecieron en esta sorpresa y entre ellos el mismo procónsul Cepión.

Este desastre, seguido de la toma de Esernia, que sucumbió después de haber sufrido un hambre horrible, obligó al senado á dar á Mario, en vez de fuerzas insignificantes como había hecho hasta entonces, todo el antiguo ejército consular. El viejo soldado lo puso muy luego en orden, y eligiendo hábilmente inexpugnables posiciones, hizo inútiles las últimas ventajas de los marsos.

— Si eres tan buen general, le decía un jefe aliado, ¿por qué no vienes á batirnos? — Y tú, contestó Mario, si eres tan hábil y bravo como presumes, ¿por qué no me obligas á batirme?

Se batió, sin embargo, y mató al pretor de los marrucinos, Herio Asinio, uno de los ascendientes acaso del favo-

rito de Augusto. Pero el lugareño de Arpino, el antiguo cómplice de Saturnino, el hombre que había hecho legionarios y ciudadanos á tantos italianos, no sino á pesar suyo combatía á un partido que había favorecido en otro tiempo y en el cual contaba aún numerosos amigos. Un día se encontraron su ejército y el de Pompeyo Silo: en las filas opuestas cada cual encontraba deudos y amigos; llamábanse por sus nombres y se saludaban con la mano. Los dos caudillos salieron también de filas y hablaron mucho tiempo de la paz, que todos anhelaban. Durante este coloquio, se habían mezclado los soldados de uno y otro bando y hubiérase creído pacífica asamblea de ciudadanos de una misma ciudad.

Si Mario hubiera tenido en la mano, como en la guerra de los cimbras, todas las fuerzas de la república, sin duda aquel mismo día hubiera puesto fin á la guerra social, salvo decir otra vez que en medio del ruido de las armas, no había podido oír la ley. Pero el senado que sospechaba sus intenciones, lo había dejado en la imposibilidad de decidir



Lucio Cornelio

por sí solo sobre los acontecimientos, y en aquel mismo momento, Sila, su antiguo teniente, y ahora su enemigo, lo seguía con un ejército.

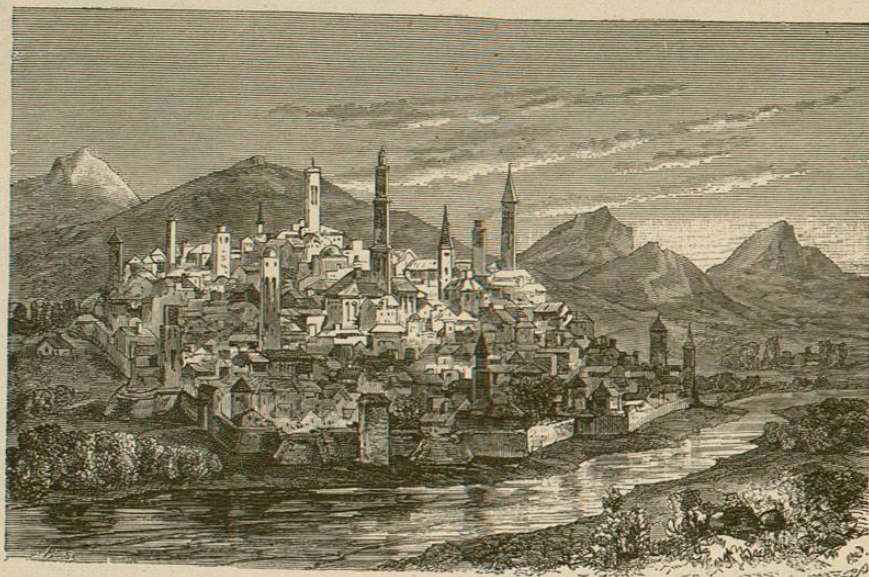
Sila se había hecho lugar lentamente: el 94, fracasó su candidatura en los comicios pretorianos, y sólo pudo llegar á la pretura el año siguiente á fuerza de dinero. Por eso, como amenazara á cierto personaje con hacer uso contra él del derecho de su cargo, le contestó el consular: «Dices muy bien que es tuyo, porque lo has comprado.» Enviado al Asia sin ejército á contener á Mitridates, logró alejarlo de Capadocia, y había vuelto á Roma con la reputación de uno de esos hombres hábiles y enérgicos que se hacen necesarios á los gobiernos. Una ofrenda de Bocco al Capitolio que representaba á Yugurta entregado por él al antiguo cuestor del ejército de Numidia, había irritado mucho á Mario, que quería romper semejantes estatuas, y ya estaban para venir á las manos, cuando la sublevación italiana dió un curso más grave á las preocupaciones de los romanos.

Mario rehuía cuidadosamente comprometerse en esta guerra: un día evitó terminar una victoria, cuyo provecho y honor habían de recaer en Sila, que desbarató al enemigo, causándole una derrota. Así, pues, Mario era tal como toda su vida política nos lo ha mostrado: tribuno, rechazando una ley popular; cónsul, injuriando al senado; amigo y aun cómplice de Saturnino, dejándolo perecer; partidario de los italianos y combatiéndolos á la cabeza de las legiones romanas, pero deteniendo á éstas en medio de sus triunfos... ¡Siempre

en sus actos discorde con sus pensamientos! Después de haberse comprometido enfrente del senado y del pueblo en el negocio de Saturnino, se desterró voluntariamente; después de haber hecho bastante daño á los italianos para que éstos vieran en él un enemigo, no el bastante, sin embargo, para que Roma se lo agradeciera, renunció el mando á pretexto de achaques que no le permitían la vida activa de los campamentos, y se retiró pesaroso y corroído por la envidia á su casa de Miseno. Sila iba á ocupar el puesto que Marió abandonaba, y á fundar su fortuna en esta guerra, donde su rival había perdido la suya.

Durante estos movimientos de los ejércitos en la Campania y en el país de los marsos, hubieron de ir dos pretores á mostrar á los úmbríos y etruscos los estandartes romanos, como también á castigar á dos ciudades, Fiesole y Ocrículo, que se habían declarado por los italiotas (1).

El senado eligió este momento de buena fortuna para hacer una concesión, que no pareciera arrancada por la fuerza,



Asculo (2)

confederados del Norte; Pompeyo en el Piceno, Catón cerca del lago Fucino. Sila, legado consular de Porcio, y Julio César, que quedó á la cabeza del ejército del Mediodía como procónsul, debían expulsar á Papio Mótulo de la Campania; los pretores Cosconio y Lucceyo, cubrir las ciudades de la Pulla, y Gabinio estar á la defensa de las de Lucania. Fuerzas considerables dadas á estos generales los pusieron en aptitud de corresponder á las esperanzas de Roma.

Porcio penetró efectivamente en el país de los marsos y los batió muchas veces; pero cayó mortalmente herido en el ataque de un campamento cerca del lago Fucino (3). Los marsos se aprovecharon de esta ventaja para enviar un ejército á la parte de Etruria y tentar de nuevo á los pueblos para que se sublevaran. Pompeyo, que bloqueaba á Asculo, salió de su campamento, batió al cuerpo expedicionario y volvió á estrechar más la plaza. Yudacilio se abrió paso, sin embargo, al través de sus líneas: Asculo era su patria, y quería salvarla ó perecer con ella. En la ciudad no encontró más que desaliento, y juzgando entonces perdida la causa

(1) Flor., III, 18; Tito Livio, *Épit.*, LXXIV. Ocrículo, que debió á su situación en la vía *Flaminia* una prosperidad muy duradera, se llama en algunas inscripciones *splenditissima civitas*.

(2) De un grabado del siglo XVI. Bibl. Nac.

(3) Acaso le dió muerte el joven Mario, porque Porcio había hablado mal de su padre (Oros., V, 18; Vel. Pat., II, 16).

y en su virtud la ley *Julia* del cónsul César concedió el derecho de ciudadanía á todos los habitantes de las ciudades fieles que, en el término de sesenta días, fueran á Roma á declarar solemnemente ante el pretor, que aceptaban los derechos y deberes del *jus civitatis* (90). Esta concesión que fortalecía la fidelidad de los unos y excitaba los sentimientos y esperanzas de los otros, fué uno de los golpes más hábiles dados á la confederación italiana. Para vencer, dividía Roma á sus adversarios: era su antigua y siempre afortunada táctica.

III. — SEGUNDO Y TERCER AÑO DE LA GUERRA SOCIAL (89-88)

Sorprendida el primer año de la guerra, no había tenido Roma al principio más que reveses; pero en los últimos tiempos se balancearon ya las ventajas por una y otra parte, y el segundo año comenzó por una ofensiva general. Los nuevos cónsules Cn. Pompeyo y Porcio Catón hicieron frente á los

de los aliados, mandó preparar delante del templo principal una hoguera, hizo poner un lecho encima de la leña, y después de un festín, tomó un veneno y ordenó á sus amigos que le pegaran fuego.

Aquellos valientes soldados tenían costumbres fieras y los hombres de aquel tiempo amaban la venganza. Yudacilio había enviado previamente á la muerte á todos los habitantes de la ciudad sospechosos de desear la paz. Los demás no tuvieron mejor suerte, pues cuando Asculo abrió sus puertas el vencedor no perdonó más que á las mujeres y á los niños.

Para salvar este baluarte de la liga, se había acercado con grandes fuerzas V. Escato. Los dos ejércitos hubieron de vacilar algún tiempo en combatir. Se entró en negociaciones, y Cicerón, que hacía entonces su primera campaña, asistió á la conferencia entre Escato y el hermano del cónsul, que había tenido con el italiota lazos de hospitalidad. «¿Qué nombre te daré? le preguntó Sexto Pompeyo. — Llámame tu huésped, contestó el marso. De intención lo soy aún, bien que por necesidad sea tu enemigo.»

No hubo medios de entenderse y se separaron. La acción fué terrible y la retirada de los italianos desastrosa: huían en medio del invierno por las cumbres de las montañas, y Pompeyo, que los seguía de cerca, encontró cohortes enteras, que habían caído de hambre y de fatiga sobre la nieve

y no se habían levantado. Escato mismo, su jefe, había perecido entre ellos. Hízose correr sobre su muerte una narración, que Séneca, el gran declamador de sentencias filosóficas, ha recogido. «Hecho prisionero, fué conducido ante Pompeyo, cuando un esclavo suyo que lo seguía, arrancándole la espada á un soldado de la escolta, lo hirió exclamando: Libertó á mi amo. Y ahora me libertó yo. Y se dió muerte también.» Es bien dramático, pero no imposible.

La derrota de V. Escato trajo la sumisión de todos los pueblos de esta costa, los marrucinos, los vestinos y los pelignos, que se rindieron á discreción (1): los marsos mismos depusieron las armas. A su vuelta á Roma, obtuvo Pompeyo el triunfo: detrás de su carro marchaba un niño, que debía ser un día cónsul, Asculano Ventidío.

En Apulia, el pretor Cosconio había batido también á Egnacio, el más hábil general de los aliados, que quedó en el campo de batalla, como igualmente Trebacio, aunque en otro hecho de armas. La mayor parte de las ciudades le abrieron sus puertas y en dos días sometió á los peucecios al Norte de Tarento y Brindis. Cuando Metelo Pio recobró á Venusia, estaba pacificada la provincia entera (2).

Muerto César de enfermedad al principio de su proconsulado, todo el peso de la guerra en la Campania hubo de recaer sobre Sila, habiendo mostrado en esta campaña su actividad y arrojo habituales: Estabies, que recibió sus primeros golpes, quedó destruída, y Herculano y Pompeya se rindieron. Cerca de Pompeya, forzó después de un amago las líneas del samnita Cluencio y lo persiguió hasta los muros de Nola. Allí encontró un campamento formidable y por poco no perecen allí en un ataque imprudente buena parte de sus legionarios; pero los salvó y recibió de ellos la más noble de las recompensas militares, la corona obsidional (3). Cluencio hubo de perecer en la refriega.

Refiere Tito Livio, sobre esta campaña, un hecho muy raro en la historia militar de Roma: el comandante de la flota Postumio Albino, que debía combinar sus movimientos con los de Sila, fué muerto por unos malvados que lo acusaban de traición. La acusación era sin duda falsa, pero aquellos soldados de marina reclutados en lo más bajo, no tenían á la disciplina el inveterado respeto que los legionarios (4). «Esos hombres son míos, dijo Sila, ahora que han cometido un crimen.» Y en castigo exigió de ellos una victoria, que le dieron efectivamente en la derrota de Cluencio.

Con la triple victoria de Pompeyo al N. E., de Sila al S. O. y la de Cosconio al S. E., estaban los aliados como en la primera guerra samnita, arrojados de las llanuras que se extienden al pie del Apenino. Ni la Umbría ni el Piceno, ni la Campania ni la Pulla veían ya enemigos: la guerra iba á concentrarse en la montaña. Desde la sumisión de los pelignos, los aliados habían trasportado á Boviano su senado y la residencia de su gobierno. Pompeyo Silo se puso

(1) Tito Livio atribuye la sumisión de los marsos, *aliquot praeliis fracti*, á Murena y á Metelo Pio. Veleyo Patérculo (II, 21) da á los aliados en esta batalla más de sesenta mil hombres y setenta y cinco mil á los romanos. Hay evidente exageración. Apiano (*Bell. civ.*, I, 50) no habla más que de 5,000 muertos.

(2) La toma de Venusia es acaso del año siguiente, del 88. Cf. Diod., fragm. XXXVII.

(3) Apiano (I, 50), por la primera vez desde el principio de la guerra, nos da aquí números: treinta mil hombres muertos en la derrota y veinte mil en el segundo combate.

(4) Sin embargo, este espíritu de disciplina se debilitaba. Ya hemos tenido de ello muchas pruebas y se encuentra otra en esta guerra; si hubieran encontrado piedras en los labrados en que acampaban, por lo cual se contentaron con tirarle terrones que no le hicieron ningún daño (Dion. Cas., fragm. 100).

á la cabeza de las fuerzas que les quedaban, y que no pasaban de treinta mil hombres (5); pero llamó de todas partes á los esclavos á la libertad y armó de ellos hasta 21,000. Papio Mótulo había recurrido al mismo expediente en la Campania, Yudacilio en la Pulla y el último ejército italiano procurará sublevar los esclavos sicilianos: la misma Roma había armado á sus libertos: era una guerra servil, tanto como social. Pompeyo quiso darle también carácter extranjero pidiendo ayuda á Mitridates, que recibía al mismo tiempo las solicitudes secretas de los provinciales de Grecia, de Africa y de Asia. Era ya tiempo de que Roma sofocara esta guerra, porque todos los oprimidos iban á levantarse y á unirse: Sila dió los últimos golpes.

De la Campania pasó al país de los hirpinos para cortar las comunicaciones entre los samnitas y los lucanos y les tomó á Eclanum (al E. de Benevento) que entregó al pillaje, porque había vacilado una hora en abrirle sus puertas; pero perdonó á las demás ciudades de este pueblo, que rindió las armas. Ahora estaba resuelto á penetrar hasta el corazón del Samnio; y engañando á Mótulo con hábiles maniobras, salvó las montañas, que se tenían por impracticables y apareció repentinamente en las inmediaciones de Esernia. El cónsul italiano acudió luego al punto para salvar esta importante plaza; pero fué vencido y volvió mortalmente herido á la ciudad. La toma de Boviano, segunda capital de la liga, terminó esta afortunada campaña, en que Sila había ganado el consulado. Ciertamente Pompeyo Silo recobró esta plaza, á consecuencia de un combate de que salió vencedor, haciendo en ella una entrada triunfal, con toda la pompa desplegada en estas circunstancias por los generales romanos; pero poco tiempo después murió en otro combate queriendo sublevar otra vez más la Apulia. (Fin del año 89) (7).

La ley Plaucia Papiria (8) que extendió el beneficio de la ley *Julia* á todos los habitantes de las ciudades federadas des-



Lámpara de bronce encontrada en Estabies (6)

(5) Diodoro (XXXVII, 2) llama *μεγάλη δύναμις* á este ejército de treinta mil hombres, que se había reunido con mucha dificultad llamando á todos los que habían servido ya: los ejércitos en aquella guerra no eran pues tan fuertes como los retóricos han dicho. Floro (III-18) supone esta guerra más formidable que la de Aníbal, y Veleyo Patérculo afirma que costó á Italia trescientos mil hombres; pero ¿no hace subir las fuerzas de Cina, en 84, á treinta legiones y la pérdida de las dos guerras serviles á un millón de esclavos? Excepto una sola vez, Apiano no habla sino de pérdidas poco considerables. César delante de Esernia pierde 2,000 hombres; Perperna 4,000; Craso 800; Mótulo 6,000; los marsos, en la doble batalla ganada por Mario y Sila, 6,000; César, procónsul, teniendo 20,000 hombres, le mata al enemigo 8,000; Pompeyo 5,000, ó la tercera parte del ejército italiano. Apiano no habla más que de los 145,000 hombres que V. Patérculo pone en acción á las respectivas órdenes de Pompeyo y Escato.

(6) Esta lámpara de dos mecheros encontrada en Estabies en 1782, se conserva en el Museo de Herculano. Cuando se encontró, estaba aún la mecha ó torcida en el interior del recipiente, después de diez y siete siglos. (Roix: *Herculano y Pompeya*, t. VII, 3.ª serie, p. 39.)

(7) Tito Livio (*Épit.*, LXXV) dice que murió en un encuentro con Mamercio Emilio y pone después de su muerte la toma de Asculo. En verdad es demasiado tarde.

(8) He aquí el texto transcrito por Cicerón (*pro Archia*, 4): *Data est civitas... si quis federatis civitatibus adscripti fuissent; si tum, cum*